

más ancha de toda la ciudad, y estaba cortada por dos calles de agua, en las cuales había puentes, tercera calle de agua quedaba frente al palacio de Motecuhzoma, con un puente que daba paso á la plaza frente al gran teocalli. Paralela á ésta quedaba una calle de tierra hácia la izquierda ú Oeste.

De la calle oriental no sabemos mas de prolongarse en línea recta hasta la orilla del agua, habiendo en aquel término un desembarcadero para las canoas traficantes con la costa de Texcoco. Estas dos calles, correspondiendo próximamente al cuadrante S. E. de la ciudad, encerraban el *calpulli* ó barrio denominado Teopan ó Zoquipan, conocido en nuestros tiempos por de San Pablo.

La calle oriental y la que de la plaza arrancaba, hácia al N. terminando en la calzada de Tepeyac, determinaban el cuadrante N. E. de Tenochtitlan, en el cual se incluía el *calpulli* Atzacualco, hoy de San Sebastian. Si por el S. el límite de la ciudad era San Antonio Abad, quedando dentro de la isla el canal existente todavía por ahí, hácia el Sur no se extendía más allá de San Lázaro, como todavía lo comprueban los terrenos pantanosos y anegadizos que por aquel rumbo se extienden.

Las calles boreal y occidental demarcaban el cuadrante N. O., *calpulli* Cuepopan, modernamente de Santa María la Redonda. La calzada de Tlacopan comenzaba en el templo mayor, tomaba al O. por la actual calle de Tacuba, prolongándose hasta Popotla, pueblo situado en la márgen del lago. La calle de Tlacopan era de tierra y de ella partían tres calles también de tierra para Tlatelolco, (1) las cuales debían dirigirse de N. á S. La calzada entera contaba ocho cortaduras: (2) de ellas notamos tres en las calles de agua paralelas á las firmes: la cuarta se encontraba sobre la acequia principal de circunvalacion, teniendo á un lado la actual ca-

conquistadores, se decía Xoloco. En cabildo de 19 de Enero 1530 se dió un solar á Alonso Sanchez, "porque dixo que á su costa quería hacer una ermita de señor san anton los dichos le señalaron un sytio donde pueda hazer la dicha hermita ques en "la calzada que ba desta cibdad á estapalapa hasta cantidad de un solar en largo sobre la mano yzquierda á la punta de una ysleta que allí está." Como se advierte, todavía en 1530 las aguas del lago llegaban hasta aquel lugar, siendo éste el término de la ciudad y de la isla por este rumbo.

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 263. y 266.

(2) *Ibid.*, pág. 140.

lle del Puente de la Mariscala y al otro lado la calle de Santa Isabel; llamábase Tecpantzinco aquel lugar, en el cual pusieron la puente los castellanos al salir de la ciudad la Noche triste, comenzando aquí su derrota, si bien el combate comenzó ántes en el sitio apellidado Mictlantongo macuilcuitlapilco. (1) La quinta cortadura, quedaba delante de la actual iglesia de San Hipólito, y se denominaba Tolteacalli ó Tlantecayocan; (2) aquí tuvo lugar el desbarato y principal matanza de los españoles, en cuya conmemoracion levantó Juan Garrido una ermita bajo la advocacion de los mártires, la cual dejó su sitio á la iglesia que tenía por patron á San Hipólito, en memoria del 13 de Agosto, día de la rendicion de Tenochtitlan. La sexta cortadura se decía Toltecaacalopan, sobre la acequia de Petlascalco, en el barrio de Matzatzintamalco. (3) aquí se coloca el supuesto y famoso salto de Alvarado. (4) Las dos cortaduras no mencionadas por nosotros, fueron sin duda improvisadas por los méxica para multiplicar los obstáculos á sus enemigos.

Las calzadas de Tlacopan y de Itztapalapan determinaban el cuadrante S. O. de Tenochtitlan, ocupado por el *calpulli* de Moyotlan, hoy de San Juan. Sobre esta fraccion se prolongaban las calles de tierra y de agua que iban hasta Tlatelolco. Fuera de las canales colocados por la autoridad de los antiguos mapas, encontramos esta otra noticia: "Pasaba también otra acequia por las calles

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXIV, en ambas ediciones.

(2) Sahagun, loco cit.

(3) Ixtlixochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS.

(4) Precisando este lugar el Sr. García Icazbalceta, dice: *Dialogos de Cervantes*, pág. 81: "No hay quien ignore, por ejemplo, la famosa historia del salto de Alvarado, de cuyo capitan se cuenta que habiendo llegado en la terrible retirada de la *Noche Triste* á la tercera cortadura de la calzada, y no hallando otro medio de salvar la vida, apoyó su lanza en el fondo, y con un desmedido salto logró pasar al otro lado del foso. Aunque el hecho es más que dudoso, y parece inventado posteriormente, dió, sin embargo, nombre á la calle que todavía se llama del *Puente de Alvarado*. Allí se veía, no ha mucho, una zanja que indicaba el lugar del suceso. Atravesaba la calle precisamente por el zaguan del *Tivoli del Eliseo* y por el jardincito enverjado que queda enfrente y dá entrada á la casa número 5; el puente se hallaba tras de los arcos del acueducto, es decir, contiguo á la acera que mira al norte; la parte de afuera, al norte de los arcos, estaba empedrada y á nivel. Hoy no existen arcos, ni cortadura, ni puente: toda señal ha desaparecido, y cuando hayamos desaparecido también los que hemos sido testigos de tal mudanza, perecerá la memoria del lugar donde se hallaba el famoso *Salto de Alvarado*."

de Jesús, Arco de San Agustín, San Felipe Neri y Puente Quebrado, hasta juntarse con la anterior." (1)

Además de estos principales, enumeran los autores otros barrios menores como Tlacatecontiacauh, Yopico, Tiachicauh, Cihuátecpan, Tiacauh, Huitznahuac y Tetzocoactiacauh. (2) Sabemos también, que alrededor de la ciudad había canales, bastante profundos para dar paso á los bergantines, y los cuales comunicaban con las acequias centrales, de manera que por los arrabales podía penetrarse hasta el cuerpo principal de la Puebla. (3) Por último, sobre las costas de la islas y avanzadas sobre las aguas del lago, había casas de madera y paja, sostenidas por puntales, para abrigo de la población que no cabía sobre la tierra firme.

A la llegada de los castellanos á Tenochtitlan y dos años después cuando el acedío de la ciudad, la calzada de Tlacopan iba por medio de las aguas; mas éstas debían ser ya poco profundas, dejando á descubierto una parte de la actual Alameda y hasta lo llamado ahora la Candelarita. La disminución de las aguas entre las calzadas de Tepeyacac y de Tlacopan, se efectuó de una manera rápida notándolo así uno de nuestros antiguos cronistas: "México en el tiempo de Motueuzoma, dice, y cuando los españoles vinieron á ella, estaba toda muy cercada de agua, y desde el año de 1524 siempre ha ido menguando." (4) Pocos años después acordaba el ayuntamiento, "que para fortificación de esta cibdad, se den solares para hacer casas que vayan á casamuro por delante é por las espaldas, para se poder salir de esta cibdad, hasta la tierra firme, é que sea una acera de casas de una parte é de otra de la calzada, hasta la alcantarilla que llega á la dicha tierra firme. (a) Este fué el origen de la larga calle que corre desde la esquina de la Puente de la Mariscala hasta la *Tlaspana*, saliéndose de la traza, y que hasta el día forma en su mayor parte una prolongación aislada hacia poniente. Desde S. Hipólito no tenía salida alguna para el la-

(1) García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 79.—Sigüenza, *Piedad Heroica*, cap. 3. núm. 22.

(2) Tezozomoc, Crón. cap. 69. MS.

(3) Cortés, Cartas de relac. pág. 146.

(4) Motolinia, trat. III, cap. VIII.—Torquemada, lib. III, cap. XXVIII.

(a) "No consta la fecha de este acuerdo: se habla de él como de cosa pasada, en el cabildo de 3 de Agosto de 1523."

"do norte, pues las que existen han sido abiertas en estos últimos tiempos." (1) Así fué, en efecto; mas debe advertirse, que las construcciones del lado boreal de las calzadas, fueron las primeras construidas y prolongadas á mayor distancia, sin duda por prestarse á ello los terrenos ya para entonces fuera del agua, mientras al lado austral las tierras permanecían fangosas y anegadizas.

Repetido hemos haberse fundado Tlatelolco en isla separada hacia el N. de la de Tenochtitlan; ciudad libre al principio, Axayacatl se apoderó de ella dando muerte á su rey Moquihuix; desde esta fecha ambas islas, unidas por terrenos ganados sobre las aguas, no formaron mas de una sola, contándose Tlatelolco como quinto-barrio de México. Entónces el mercado principal se trasladó á la plaza de la ciudad vencida, situada junto al gran templo de los tlatelolca: mercado y cu fueron estrenados por Axayacatl, sirviendo para la solemnidad los prisioneros de Matlatzincó tomados en la guerra en que el rey tenochcatl fué herido por Tlilcuezpallin. (2)

El teocalli principal, dedicado á Huitzilopochtli y á Tezcatlipoca era el mayor de la ciudad, contando de altura ciento catorce gradas; "y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, é allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto Cu hasta lo más alto del, van cinco concavidades á manera de barbancas "y descubiertas sin mamparos" (3) Los patios alrededor de la pirámide, mayores que la plaza de Salamanca, estaban circundados con dos cercas de cal y canto, el piso empedrado con losas blancas muy lisas, y donde éstas faltaban el piso estaba muy encalado y bruñido, todo aseado y limpio sin una sola paja. Ocupaban aquel espacio diversos templos menores, como el de Quetzalcoatl, cuya puerta semejaba la boca de un espantable dragon, el destinado para enterramiento de los principales señores, y así otros de diferentes divinidades: encontrábanse grandes rimeros de leña para los sacrificios; y una gran alberca alimentada por el agua que en caño cerrado iba desde Chapultepec: veíase el pavoroso y horrible *tzompantli*, y luego las piedras para la matanza de los prisioneros. Había arrimadas á las cercas viviendas bajas en donde moraban los papas y sirvientes; el edificio destinado á monasterio ó recogimiento de las vesta-

(1) García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 78.

(2) Tezozomoc, Crón. cap. 49. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. XCII.

les, las cuales perseveraban ahí para ser educadas hasta que salían para casarse, ocupadas en servir á los ídolos y principalmente á las diosas protectoras del matrimonio. (1)

La plaza del mercado ó tianquiztli quedaba junto al teocalli por el lado oriental. Era tan grande que en un sólo día no podía ser vista toda; alrededor estaba cercada de portales y tiendas, habiendo además unas casas en las cuales asistían tres jueces para sentenciar las diferencias, ayudados por alguaciles ejecutores ocupados en examinar las mercancías. Vendíanse todo género de objetos producidos por las industrias americanas, desde el oro, la plata y ciertos metales, ropas finas y groseras, loza y utensilios, plumas finas, pieles adobadas con primor, todo linaje de mantenimientos en carnes ó legumbres, &c., hasta hienda de hombre preparada para el abono de los campos. Tanta gente acudía á comprar y vender, "que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había, "sonaban más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados "que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constanti- "noplá y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien com- "parada y con tanto concierto, y tamaño, y llena de tanta gente, "no la habían visto." (2) Según uno de nuestros más distinguidos cronistas: "en la plaza ó tianguetz deste Tlatilulco (lugar muy es- "pacioso mucho más de lo que ahora es), el cual se podía llamar "emporio de toda esta Nueva-España, al cual venían á tratar gen- "tes de toda esta Nueva-España, y aun de los reinos á ella conti- "guos, y donde se vendían y compraban todas cuantas cosas hay "en esta tierra, y en los reinos de Quauhtemalla y Xalixco (cosa "cierto mucho de ver). Yo lo ví por muchos años morando en esta "casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como en el tiem- "po de la conquista." (3)

(1) Bernal Díaz, cap. XCH. Respecto de la ubicación del teocalli, nos informa el mismo Bernal Díaz: "A esto doy por respuesta, que desde que ganamos aquella fuer- te y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aque- l gran Cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patron é guaidor señor Santiago, é cupo mucha parte de solar del alto Cu para el solar de la santa iglesia, y cuando abrían los cimientos para hacerlos más firmes, hallaron mucho oro y plata y chalchi- huis, y perlas é aljofar y otras piedras" Véase García Icazbalceta, Diálogos de Cer- vantes, pág. 201.

(2) Bernal Díaz, cap. XXII.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.

Estaba en el medio de este tianguetz un gran Cu, edificado á honra de "Vitzilupuchtlí, dios de los mexicanos." (1) Esta noticia del sábio franciscano parece referirse al teocalli exterior, pues se- gun uno de los testigos presenciales, lo que existía "era uno como "teatro, que está en medio de ella, (la plaza del mercado), fecho "de cal y canto cuadrado, de altura de dos estados y medio, y de "esquina á esquina habrá treinta pasos; el cual tenían ellos para "cuando hacían algunas fiestas y juegos, que los representantes "de ellos se ponían allí, porque toda la gente del mercado y los que "estaban en bajo, y encima de los portales pudiesen ver lo que se "hacía." (2) Cortés examinó detenidamente aquella construcción, supuesto haberse colocado sobre ella el célebre trabuco, inútil tras tan costosos preparativos. Consta que del mercado salía una calle de agua; (3) había una calle derecha que iba á dar al real de San- doval, teniendo á la izquierda otras calles de tierra; (4) pasaba una calle de agua cerca y por delante del tianguetz, y de aquí partían calles para el espacio en donde sucumbieron los méxica. (5)

Como templos ó edificios de Tlatelolco encontramos el Xacaculco ("que ahora se llama Santa Ana"), situado en el barrio de Za- coalco ("que es donde agora está la iglesia de Santa Ana"), en cuyo palacio permanecieron Cuauhtemoc y Mazehuatzin, señor de Cui- tlahuac, durante el principio del asedio de Tlatelolco. (6) El Tlacuchcalco ("en que estaba una casa que era como casa de audiencia, cerca de donde agora es la iglesia de Santa Ana"); el barrio se llama- ba igualmente Tlacuchcalco. (7) El templo y barrio de Xocotitla, por otro nombre Cihuatecpa ("que es agora San Francisco"). (8) Co- yonacazco, ("cerca del hermita de Santa Lucía, ("que por otro nom- bre se llama Amaxac") (9) "Prsiguiéndose la guerra entre los mexi-

(1) Sahagun, loco, cit.

(2) Cortés, cartas de relac. pág. 289 y sig.

(3) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 280.

(4) Cartas de relac. pág. 287.

(5) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.

(6) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIV y XXXVII.

(7) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV.

(8) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV. Este barrio de Tlatelolco corresponde á la iglesia actual de San Antonio Tepito, llamado San Francisco en los antiguos planos de la ciudad de México.

(9) Sahagun, lib. XXII, cap. XXXV. La ermita de Santa Lucía ha desaparecido;

“canos y los españoles, siempre les iban ganando tierra los españoles á los mexicanos, y los iban arrinconando hacia el lugar donde finalmente les dieron mate, en un rincón deste Tlatilulco, que se llama Tetenantitech, donde ahora está edificada la iglesia de la Concepción de la Madre de Dios Nuestra Señora Santa María.”

(1) Menciónase un templo llamado Momozco, que nos parece ser diverso del Momoztli colocado en el centro del tianquiztli. El templo y barrio de Apahuaztlan, hasta donde fué metida el agua en tiempo de Ahuitzctli, “que ahora es barrio de Tlatilulco Santiago, en la albarrada que ahora está allí detrás de la ermita de la Asunción de Nuestra Señora.” (2)

La calzada boreal remataba en el Tlatelolco, en el barrio nombrado Coyonacazco; (3) es la misma nombrada ahora calzada de Nuestra Señora de Guadalupe, y comenzaba al pié de la serrezuela nombrada Tepeyaca, dicha por los españoles Tepeaquilla. Al principio, en la tierra firme, estaba el templo de la Toci, sirviendo el fuego encendido ahí por las noches de fanal para nautas y caminantes.

Según los cálculos más probables la ciudad contaba unos 60,000

para identificar el lugar nos hemos valido del mapa antiguo que se encuentra en la obra intitulada: Voyage en Californie pour l'observation du passage de Vénus sur le disque du soleil, &c. Paris, M. DCCLXXII.

(1) Sahagún, lib. XII, cap. XXXVII. El mismo autor, cap. XXXIX, afirma que los españoles arrinconaron á los mexicanos en el barrio de *Tetenamitli*, “cabe la Concepción.” Inferimos de aquí, llamarse el teocalli del calpulli Tetenantitech, y el barrio Tetenamitli, á no ser que una de las dos palabras esté estropeada. La iglesia de la Concepción, no es la existente aún en el barrio de Santa María; la de Tlatelolco desapareció, habiendo podido rectificarse su ubicación por el plano antiguo, citado en la nota anterior. Hoy todavía lleva aquel rumbo el nombre de Barrio de la Concepción Tequizpeca. En esta demarcación, pues, vinieron á quedar acorralados los mexicanos antes de rendirse; se confirma lo dicho, con que el trabuco para combatirlos fué colocado sobre el Mumuztli del centro de la plaza del mercado (Sahagún, lib. XII, cap. XXXIX), lo cual supone no estar muy distantes del tianquiztli. El Sr. Ramírez, apud Prescott, tom. 2, pág. 104 del apéndice, dice: “El terreno en que se vieron encerrados los mexicanos durante los últimos días del asedio, era el estrecho que se estiende del Carmen á Santa Ana.”

(2) Tezozomoc, Crón. mexicana, cap. 80 MS. La localidad está todavía marcada en el antiguo plano que consultamos, distinguida con el nombre de Santa María Acaguaztla.

(3) Tezozomoc, Crón. mexicana, cap. 69. MS.

hogares ó 300,000 habitantes. (1) Siendo esto verdad, la población debía estar aglomerada en las habitaciones, pues faltaba espacio, ya que la isla estaba en buena parte ocupada por los teocalli, palacios, viviendas de los sacerdotes, casas de educación y jardines. Si resultaba de aquí la poca comodidad doméstica de la gente menuda, en cambio la ciudad presentaba un grandioso aspecto, vistas magníficas, y extraordinaria animación en los mercados y por las calzadas de tierra, así como en los lagos surcados constantemente por muchos millares de canoas. (2)

Hemos querido en este capítulo reconstruir hasta donde es posible la topografía de la ciudad azteca; la belleza de sus edificios, las impresiones recibidas por quienes todo el conjunto vieron, dejamos algunas de ellas consignadas en sus respectivos lugares. Antes de alzar la mano de este diseño, entraremos en una breve discusión. “Por mucho que nuestra imaginación se esfuerce, dice un distin-

(1) Cortés nada dice acerca de la población de la ciudad india.—El Conquistador anónimo, apud García Icazbalceta, Documentos, tom. 1, pág. 390, escribe: “La mayor parte de los que la han visto juzgan que tiene sesenta mil habitantes, ántes más que ménos.” Según la nota del traductor, Sr. García Icazbalceta puesta á este pasaje, debe haber un error: así lo había notado ya Clavigero, tom. 2, pág. 67, nota, escribiendo: “Es cierto que en la traducción italiana del conquistador anónimo se traduce 60,000 habitantes por 60,000 vecinos, debiendo decir *hogares*, pues de otro modo se diría que Cholula, Xochimilco, Itzamalapan, y otras ciudades eran más populares que México.” En la carta de Alonso Zuazo al P. Fr. Luis de Figueroa, prior de la Mejorada, apud García Icazbalceta, Doc. tom. 1, pág. 366, se encuentra: “Está la ciudad de México ó Tenestutan, que será de sesenta mil vecinos.” —“Tenustitanam ipsam inquit sexaginti circiter esse millia domorum.” Pedro Mártir, dec. 5, cap. 3.—“Los moradores y gente era innumerable.” Motolinía, trat. III, cap. VIII.—“Era México, cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas, las del rey, de los señores y cortesanos, son grandes y buenas; las de los otros, chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas, mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, y tres, y diez moradores; y así hay en ella infinitísima gente.” Gomara, Crón. cap. LXXVIII.—Tenía sesenta mil casas, las cuales no tiene ahora.” Herrera, dec. II, lib. VII, cap. XIII.—“Dícese de esta ciudad que cuando entraron los españoles en ella, tenía ciento y veinte mil casas, y en cada una, tres y cuatro, y hasta diez vecinos, por manera que á esta cuenta eran sus vecinos, más de trescientos mil.” Torquemada, lib. III, cap. XXIII.—“El circuito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de más de nueve millas, y el número de las casas, sesenta mil, á lo ménos,” Clavigero, tom. 2, pág. 67.—El número de los habitantes de la antigua México se hace subir á trescientos mil. García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 73.

(2) Carta de Zuazo, loco cit.

guido escritor, (1) en figurarse la antigua México como una ciudad magnífica; todos los hechos históricos positivos lo contradicen. Aun cuando no pueda alegarse como una razón admisible la brevedad con que se redujo á ruinas, casi en totalidad, durante el sitio, no habiendo quedado en pie de toda ella más que una octava parte, según el testimonio de Cortés y de Bernal Díaz, porque ciento y cincuenta mil hombres ocupados en destruir durante dos meses derriban mucho, aunque no tengan los medios de desolación que ahora conocemos; pero habrían quedado fragmentos, y los mismos escombros atestiguarían esta magnificencia, si la hubiera habido. Roma ha sido destruida tantas veces, que su antiguo pavimento está diez ó doce varas más bajo que el piso actual; pero por todas partes se ven restos de las paredes de los templos, trozos de mármoles, pedazos de columnas y de estatuas que forman los postes de las calles, y grandes espacios de empedrados hechos con fragmentos de pórfido y granito: casi toda la magnificencia de los edificios modernos de aquella gran ciudad es debida á las columnas, á las estatuas, en una palabra, á los despojos de los monumentos antiguos. Nada de esto se ve en México, y si hubiera habido esas columnas, esos suntuosos edificios de que se nos habla, no habrían perecido hasta sus ruinas, y éstas habrían servido para los edificios que de nuevo se hicieron, aún cuando no hubiera sido más que por excusar el trabajo de traer nuevos materiales de las canteras. Recogiendo por otra parte algunos hechos esparcidos en las relaciones de los combates que se dieron dentro de las calles de la ciudad, vemos entre otras cosas, que Cortés construyó su célebre máquina llamada *manta*, para explorar ántes de su salida de la capital, la calle de Tacuba que era una de las principales, y esta *manta*, que se reducía á una torre portátil que rodaba sobre cuatro ruedas, dominaba sobre todas las casas de una de las mejores partes de la población. De este hecho incontestable, y de la falta de fragmentos y ruinas de los edificios antiguos que prueban su pretendida magnificencia, debemos en buena crítica concluir, que la antigua México, á excepción de los palacios reales, que Moctezuma dijo á Cortés que eran de piedra común y algunos edificios principales, se componía casi en su totalidad de casas bajas de adobe, como las de los pueblos,

(1) Alaman, Disertaciones sobre la Hist. de la República Mexicana, tom. I, pág 184.

que en vez de puerta tenían un petate colgado y enrollado á la entrada, sobre las cuales sobresalían en gran número las pirámides truncadas de los templos, masas pesadas y sin ninguna elegancia arquitectónica, rodeadas por unas plazas circundadas por un muro adornado con culebras enroscadas y otras figuras horribles, sobre el cual se veían en largas hileras, ensartadas por las sienes, las cabezas de las víctimas que habían sido sacrificadas, y de las cuales un español que se entretuvo en averiguar el número de las que había al rededor del templo mayor, según refiere Bernal Díaz, contó ciento y treinta mil."

Hasta aquí el Sr. Alaman. Duélenos verdaderamente el alma al encontrar tan absurdas argumentaciones en tan hábil escritor; y tanto más, cuanto sus reflexiones van enderezadas á sacar dos consecuencias: la una tácita, que nada se perdió en la destrucción de la ciudad india; la otra expresa: "La nueva ciudad fundada por Cortés excedió en breve sin dificultad en hermosura á la antigua, y aunque por largos años distase mucho de ser lo que ahora es, según veremos en el curso de esta obra, mereció con razón llamarse una de las más hermosas del mundo." El autor reconoce la verdadera causa de no haber quedado piedra sobre piedra en ninguno de los edificios de la ciudad; ciento cincuenta mil zapadores, ocupados diariamente por espacio de dos meses en que mar y destruir las construcciones, aprovechando los escombros para cegar acequias y canales hasta allanar el suelo al paso franco de la caballería, debieron no dejar un sólo muro enhiesto, quedando la isla como campo arable: únicamente resistieron á semejante destrucción las sólidas pirámides de los grandes teocalli. Comparar Roma, emporio del mundo civilizado, con Tenochtitlan, capital de un imperio semicivilizado en América, se nos antoja ciega injusticia y notoria parcialidad. Tampoco cabe comparación entre las destrucciones de ambas ciudades; Roma sufrió los males consiguientes á la guerra de los pueblos bárbaros, males inmediatamente después reparados; México pereció bajo una devastación sistemática, constante, sin misericordia. En Roma, la civilización de los vencidos se comunicó á los vencedores; los fragmentos sacados de las ruinas, mármoles y trozos de columnas y estatuas, fueron recogidos y conservados por todos, como muestras de un arte adelantado, igualmente querido para el mundo. En México se pusieron en presencia dos razas sin afinidad alguna: los ven-

cedores eran superiores por el saber, la religion y las costumbres, despreciables para ellos los conocimientos indios por pertenecer á salvajes, horrorizados de aquel culto sangriento, atentos únicamente á extirpar lo antiguo para implantar lo nuevo, natural fué que, midiéndolo todo con el mismo raseró, se apresurara á aniquilarlo todo, por inútil y repugnante. Trozos de mármoles, pedazos de columnas y de estátuas, en el sentido que tienen estas palabras en las artes griegas y romanas, no las podía haber en las artes aztecas. El suelo ha dejado escapar en escavaciones hechas por motivos casuales, inmensos trozos de pórfido y de traquita esculpidos con primor, representando monstruosos simbolismos, piedras votivas, conmemoraciones históricas, dioses, cómputos astronómicos; ello revela una civilización adelantada, si bien no de la especie misma de la europea; una ciudad de grandes edificios, en los cuales semejantes monolitos pudieran tener cabida; fábricas sólidas para sustentar aquellas masas; cierta grandiosidad en las construcciones; adelantos muchos en la arquitectura, en la mecánica, en la decorativa, etc., ya que carecían del auxilio del hierro y de las máquinas. México ha visto salir de sus escombros fragmentos suficientes para acreditarse como gran ciudad india; y casi todos fueron siempre aniquilados por los blancos.

No se pretenda, por lo dicho, sea nuestro intento pintar á Tenoxtitlan como magnífica población; exclusivamente queremos formarnos acertado juicio acerca de lo que fué, sin exajeración ni mentira. Para ello son suficientes *los hechos históricos positivos*; el testimonio de los testigos presenciales, los dichos de las relaciones contemporáneas, los fragmentos recogidos en épocas diversas, la tradición histórica, todo lo cual viene confirmando que en la destrucción de la capital azteca se perdió mucho para la ciencia. Por otra parte, al reconstruirse la puebla para otras gentes y otras costumbres, cuanto pudiera haber quedado en pié fué demolido para aprovechar los materiales; las grandes piedras fueron quebradas para meterlas en las construcciones, y durante tres siglos, casas, templos y palacios, han sido varias veces renovados; y el piso de la ciudad cambia y sube año por año; y las grandes esculturas que había en calles y casas fueron mandadas picar por un arzobispo; y particulares y gobiernos aniquilaron cuántos objetos antiguos les vinieron á las manos; y la destrucción ha durado por tres siglos

y dura todavía: lo poco escapado es demasiado, supuesta la furia con que se le persiguió en tiempos antiguos y modernos.

Terminamos. Tampoco es cierto que la ciudad fundada por Cortés fuera mejor que la antigua. Consta por el testimonio de Rodrigo de Albornoz, en carta dirigida al emperador, de Temixtitlan á 15 de Diciembre de 1525, haber entónces "casi ciento cincuenta casas de españoles," (1) de las cuales sólo eran de mediana importancia las de Cortés, Alvarado y pocos capitanes más, estando todas derramadas y dispersas entre acequias sucias, y manzanas incompletas por los solares no concedidos, ó bien llenas de tápias de adobe: arquitectos y albañiles habían sido los mismos indios. Sabemos la importancia de la ciudad en 1554, por Cervantes. (2) Es absolutamente falso que las *mantas* dominaban los edificios de la ciudad. Cortés escribe: "y llegados á una puente, pusimos los ingenios (*las mantas*), arrimados á las paredes de unas azoteas, y *ciertas escalas que llevábamos para subir*; y era tanta la gente que estaba en "defensa de la dicha puente y azoteas, y tantas las piedras *que de arriba tiraban*, y tan grandes, que nos desconcertaron los "ingenios. (3)

(1) García Icazbalceta, apud Documentos, tom I, pág. 506.

(2) García Icazbalceta, Diálogos, pág. 71 y sig.

(3) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 137.